

blicano con el régimen imperial! Aunque me aspen, jamás pasaré por lo que pretende mi madre. Tiene derecho á matarme, si gusta; pero no tiene derecho á ponerme de modo alguno en una posición ridícula que me haga ludibrio del pueblo y de la historia. Ó no recibirá mi madre á los embajadores, ó no seré yo quien soy. Vamos á verlo, Séneca, vamos á verlo, aconséjeme tú lo que me aconsejes y digas lo que quieras.

— Grave, muy grave, Nerón, cuanto me dices. La congregación del Senado en la cámara imperial, por mero capricho de las vanidades femeniles de tu madre, paréceme un desacato á Roma y precisa impedirlo por todos los medios. El incumplimiento de tu palabra con respecto á las prerrogativas senatoriales, no sólo haría que mal quedara el Imperio, haría que aún quedara peor divinidad tan merecedora y digna de nuestro culto como la Filosofía. No hablemos del empeño en recibir á los embajadores que Agripina muestra; eso no puede oirse, no, con paciencia. Está visto que, mandando y mandando, aspira, no solamente á la realidad interna del gobierno que todavía no ha trascendido fuera del palacio, á los honores externos que concluirían por promover un escándalo universal. Congregar ella el Senado en su cubículo, irreverencia horrible á Roma. Recibir ella los embajadores, desacato mayor al mundo entero. Tú eres cónsul, y como cónsul presides el Estado; tú eres pretor, y como pretor interpretas la justicia; tú eres tribuno, y como tribuno personificas el pueblo; tú eres pontífice, y como pontífice guardas algo de la Majestad divina del cielo en ti mismo; tú eres dictador, y como dictador vinculas en tu voluntad la voluntad romana; tú eres generalísimo, y como generalísimo mandas el ejército; tú eres censor, y como censor guardas la pública moral; tú eres, amén de todo esto, César, y como César cabeza del Estado, y como cabeza del Estado habrás de recibir á los embajadores ó el mundo dejaría de ser mundo y el cielo cielo. Pero no hubo más remedio que desde tales alturas proclamar la superior dignidad cuasi divina de tu excelsa madre, porque me arrancó de las garras del imbécil Claudio á mí, en tanto que á ti, Nerón, te hizo ella sola César. Mas debía comprender que ni las leyes imperiales, ni las costumbres antiguas, ni las tradiciones históricas permiten cuanto pretende respecto del Senado y de los embajadores

ella, sin que tú dejaras de ser en el acto César, deshaciendo así la obra que se gloria de haber hecho. Yo no puedo aconsejarte contra Agripina, porque me lo impide mi gratitud á ella; pero no puedo aconsejar la sumisión á cuanto ella desea, porque me lo impide mi altísimo concepto de Roma y la veneración religiosa que debo á todas sus instituciones, y entre todas sus instituciones al Senado. Y tienes razón: el Senado se creería desvestido de sus prerrogativas más altas y de sus privilegios más gloriosos al verse sin la recepción casi litúrgica de los embajadores, transmitida por debilidad irremediable de su joven emperador á una mujer. En casos así no hay que llevar un plan preconcebido; hay que dejar un poco de su imperio á la casualidad externa y otro poco de su fuerza natural á la interna inspiración. Preveo lo que pasará. Mas, dado el carácter y la complexión de tu madre, no tiene remedio. Verá en el acto de prohibirlo toda intervención en aquello que por motivo ninguno le atañe, no la espontánea y natural resistencia de tu ánimo á un acto cuya perpetración en primer y mayor término á ella dañaría; verá un comienzo de confabulación secreta contra su poder, y se defenderá con las uñas, con los dientes, por medio del puñal, por medio del veneno, infligiendo la muerte y el deshonor á todos, cual hiciera siempre. Me dirás que pido cosas demasiado duras y te aconsejo emplees en su cumplimiento y realización medios demasiado blandos. Pero no puede uno sustituirse á la naturaleza, é ignora por lo mismo qué recurso para salir de tan mal paso y sacar de él á tu madre podrá sugerirte tu amor y tu corazón de hijo. Todos tenemos la culpa de lo que ahora pasa. Todos la hemos dejado que se creyera un emperador de veras y mandara como un príncipe á los senadores, como un general á los soldados, como un pontífice á los sacerdotes. Desde que murió Claudio no ha salido á la calle vez alguna sin llevarte consigo en su litera, y muchas veces hete visto yo, no dentro de la litera, como cumple á un príncipe, fuera, como podría ir un liberto. Habremos de destruir aquello mismo que nosotros hemos hecho. El trono suyo está muy alto, porque lo hemos erigido en nuestros brazos. El cielo suyo aparece muy espléndido porque lo hemos iluminado con el esplendor de nuestro espíritu. Pero hay que desvanecerlo al soplo nuestro y que apagar las luces en él encendidas por el propio éter de

nuestro pensamiento. Perdona si no sigo, Nerón, perdona. Dejo á tu arbitrio los medios más dulces de impedir que reciba tu madre á los emperadores de Armenia; pero así como te dejo la elección de los medios, te digo, respecto del fin, que impidas la recepción por ella, ¡oh dioses!, á cualquier costa.

No se lo dejó decir dos veces Nerón. Aconsejado por Séneca, en quien había su madre misma puesto la estrella conductora de la vida y del alma suyas, bien podía él atreverse á todo, aun á la indispensable arrogación del poder, y saltar sobre todo, aun sobre los remordimientos de la propia conciencia, y sobre la gratitud por una donación del Imperio que deseaba él hacer efectiva, y Agripina reducía por su ambición á meramente honoraria. Mucho le disgustaba, en el estado de su ánimo entonces, contender con la emperatriz, pues aunque no dejaba de temerla, tampoco dejaba de amarla; pero desde el punto y hora en que Séneca le movía, estaba todo justificado y podía decir, ante la tierra y ante la humanidad y ante la historia, como determinaba los movimientos de su voluntad el alma misma de su madre, concentrada, según ella decía, para todo cuanto fuera ejercicio de la inteligencia y de la idea, en el alma de Séneca. Fuerte con las reflexiones del filósofo y alegre por comenzar en aquel momento su retardado gobierno, del cual habíanle retraído filiales respetos, Nerón comenzó á preparar todo lo necesario para que la recepción de los embajadores armenios correspondiese á su importancia y no estuviera en tan solemne ceremonia su madre. Así convocó el Senado al recibimiento y designó un templo en que los recuerdos senatoriales predominasen sobre los recuerdos cesaristas. En seguida citó cuantos cortesanos pudo, para que aumentasen la majestad del acto con su concurso. Después de haber convocado la corte, convocó los representantes de todas las magistraturas, y tras los representantes de todas las magistraturas los jefes de todas las armas. No se habían visto nunca pompas ó acompañamientos parecidos. Y siendo hechura de Nerón la ceremonia, inútil decir cómo predominarían las bellas artes en ella. Escogió el templo de más hermosas pinturas, de más helénicas estatuas, de más gloriosos trofeos; encargó recitaciones múltiples de versos latinos y griegos á los primeros actores en ambas lenguas que alojaba en aquella sazón Roma; or-

denó él mismo las orquestas, designándoles aquellos trozos mejores del divino arte; á tal arpista le señaló el instante, con mucha ciencia prefijado, en que debía pulsar las cuerdas de su instrumento y tañer un solo de arpa, como á tal flautista, vestido cual un dios Pan, cuándo debía tocar un solo de flauta; compuso y regimentó los coros cual pudiera un generalísimo el ejército, y señaló una guirnalda de bailes que

debía trenzarse y extenderse desde la puerta del palacio de los césares hasta la puerta del palacio de los senadores; sacó en vistosos grupos, distribuyéndolos por todas las encrucijadas, atletas olímpicos, gimnastas nubios, gladiadores tracios, jinetes dálmatas,



Acróbata

cómicos atenienses en tal manera, que parecía la Ciudad Eterna una ciudad de acróbatas, como el intrincado laberinto de sus calles un circo inmenso; y si á todo cuanto llevamos dicho añadís las comitivas con sus trajes multicolores, los pretorianos con sus petos y sus cascos relucientes, los embajadores con sus dalmáticas y sus tiaras orientales, los sacerdotes con sus coronas de verbena, el César en toda su majestad, tendréis un cuadro que apenas puede tras veinte siglos evocar la imaginación, aunque haya sido real y verdadero en la historia.

Imaginaos el asombro de Agripina, cuando la enteraron de lo dispuesto y arreglado á sus espaldas por el hijo á quien había ella hecho un dios, á condición de que allá en su divinidad se quedase como en un templo inaccesible, y no quisiese nunca jamás descender al mundo, amortizado en las manos de quien forjara tal diadema é hiciera por sí sola tal sublime divinidad. No podía la omni-

potente diosa prestar crédito á lo que transmitían á su intelecto los ojos y los oídos. Parecíale todo lo que pasaba un sueño que le asaltaba por haber ella perdido la razón y no su hijo la memoria. Llevábase, pues, las manos á las sienes y se las apretaba, como si apretándolas quisiera ponerlas de nuevo en caja, por habersele desquiciado y haberle transmitido en su desquicio cosa tan inverosímil é imposible cual la ingratitud de Nerón. ¿Cómo? Se había reunido el Senado en sitio no dispuesto por ella; se había señalado para su reunión una hora no señalada por ella; se había redactado sin su conocimiento lo que debían decir los embajadores; se había redactado la respuesta del César y convenido sin su sanción; se habían congregado desde los sacerdotes hasta los pretorianos: Roma huía de su imperio y la razón de su cerebro. En el primer minuto de tal espanto quiso apelar al extremo de alzarse con la corona ella misma y sacrificar su hijo á la salud del Principado, como el primer Bruto sacrificara su hijo á la salud del pueblo, quedando por este cruelísimo hecho inmortalizado en la historia. Pero ¡ah! que bien pronto veía con su clara inteligencia como no le era permitida cosa ninguna en el mundo romano á la mujer, y fuera del cargo religioso de sacerdotisa, muy restricto y condicionado, no podía ejercer ningún otro cargo. ¿Qué intentar? Entonces vió en todo aquello una conjuración de republicanos, satíricos, estoicos, dirigida por poetas y pensadores contra su gobierno, apoderados unos y otros de su Nerón, á quien habían constreñido á desacatos semejantes contra su madre por haberle sorprendido lejos de la presencia de ésta y de la fascinación por su maternal mirada ejercida sobre la voluntad y el ánimo del César. Así creyó arreglado cuanto había que hacer y recuperada su autoridad con sólo presentarse ante Nerón. ¿Cómo había él de rechazarla? ¿Cómo desconocerla? ¿Cómo desairarla en presencia del Senado, de los senadores y de todo el mundo? No, imposible. Se vistió de sus mejores galas; se rodeó de su numerosa corte; y en procesión que competía con la del emperador, y aun le aventajaba, se dirigió al Senado para sustentar la parte de autoridad que le quedaba, sentándose junto á su hijo en la recepción solemne de los embajadores armenios. Pero al acercarse, vió la triste realidad revelada por Nerón. Llegada la emperatriz al vestíbulo del templo,

salió al paso el emperador, y asiéndola con dulzura de la mano, condújola con resolución á lo que podríamos llamar sacristía de aquel sacro lugar, y se volvió á la recepción. En seguida reentró al templo, entre el universal asombro, y notificó á los embajadores que no se contentaba con menos que con la presencia en Roma de su rey Tiridates para sellar así una perdurable amistad. Y mientras tanto decía en su encierro y entre dientes Agripina:

— Goza de tu poder, hijo desnaturalizado; bien pronto te condenaré á que sufras como verdadera mujer la pesada Octavia, y si es preciso te arrojaré del trono, y en el sitio que dejes tú vacío colocaré al infeliz que ha sido víctima de mis ambiciones y del amor desatentado mío á ti, colocaré á Británico. Lo digo, y se hará. Tiembla, Nerón. Tu madre será desde hoy madrastra tuya, y la madrastra de Británico será su madre. Apercíbete al destronamiento y á la muerte.